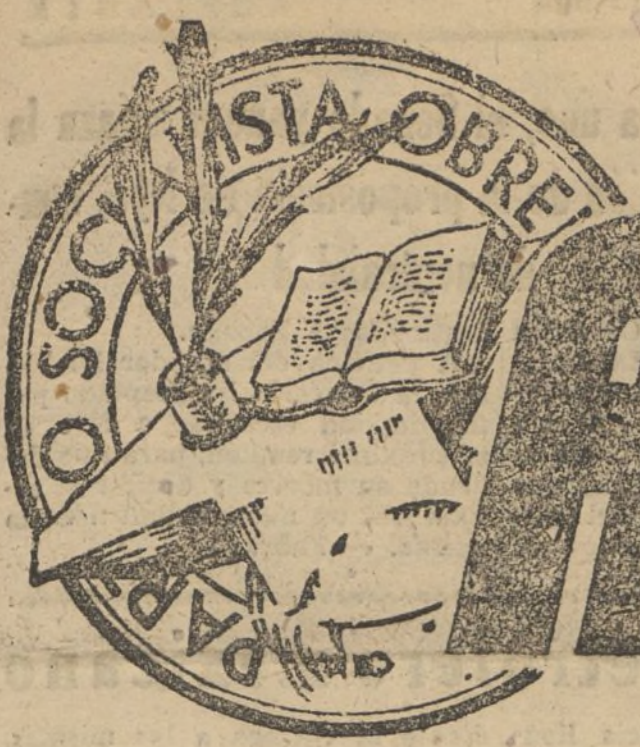


nte
ORA
a para
aquia
onal en
des afre
nazi de
na gran
a su
habien
sesione
ben que
ovaquie
ento de
ver ma
groso de
Berlín
terra, a
resultado
n Italia,
ha en
encia en
nga que
án deci
para re
s sude
ones de
inglen
ción del
suprema
ual ha
los tra
promi
quia y
conser
colava
confir
larande
grave, y
cará a
cia Es
A VEZ
AMERI-
UO
SPANIA,
CONO-
S 30-
RIA
ulo de
hecho a
decla-
no ha-
política
ulo de
politi-
sionde-
nanti-
ón ad-
alacio-
tre los
e no te-
Unidos
incipio
pres-
negos-
poco
edific-
en ge-
princi-
ulo de
terminar
que ha
y se
de las
N. so-
sta de
yer, el
que
armas
las es
los an-
es, es
se ma-
Unos
de las
nacio-
s cen-
s ar-
r Hull
ca no
es y
conoci-
etiopo,
todo se
a ellos
uerza.
rá su
a la
a una
s po-
CION
franco-
es de
Ya-
com-
Bur-
corres-
za" en
a dis-
e el
llama-
neal
adores
a cau-
en los
ticipos,
plan y
y genia.
GAS
do Se-
cción
blica
alge-
nario
de la
al m-
a al
nabros,
obra a
alistas
a las
es es-
a.
s
impos-
s ju-
negar
es al-
gu que
cond-
a por-
a.



ADELANTE

DIARIO SOCIALISTA DE LA MAÑANA

Valencia, sábado 14 de mayo de 1938

ORGANO DEL PARTIDO SOCIALISTA OBRERO ESPAÑOL

Año II — Núm. 400 — Precio: 25 cént.

LAS REUNIONES DEL CONSEJO DE LA SOCIEDAD DE NACIONES

El compañero Alvarez del Vayo dijo ayer a Francia e Inglaterra que su propósito de continuar la No Intervención puede interpretarse como el deseo de yugular a nuestro pueblo y entregarle, atado, en poder de sus invasores

COMENTARIOS DE PRENSA
París. — La prensa derechista francesa se felicita de la "solución" de la cuestión abisinia, conseguida, según ella, gracias al espíritu de decisión de lord Halifax.
Los periódicos reconocen, sin embargo, que el Consejo de la Sociedad de Naciones está dando un penoso espectáculo, y ponen de relieve que el Negus se debía ayer en medio de la indiferencia de los que, en otro tiempo, se proclamaron sus amigos.
"Le Populaire", "L'Humanité" y "Le Peuple" protestan contra la farsa de Ginebra e insisten en que la S. de N. continúa laborando su propia ruina.

Conviene fijar posiciones

La guerra durará lo que tardemos en vencer

(Leído en los «Cinco minutos de la Prensa», ante el micrófono de Unión Radio Valencia.)
Por Madrid ha circulado un bulo. Un bulo más, ¿qué importa al mundo? Pero a nosotros sí nos importa que se acaben de una vez. La bola de sebo fue hablar de un inminente armisticio. Y el gobernador de Madrid impactó unas sanciones. Nos parecían merced, pero excesivamente benevolentes. Porque si en estos los bulos hay evidente mala fe, en este último —por ahora— hay dolo y quebranto, y, posiblemente, traición.

Tan burda especie busca obtener la fácil aquiescencia de lo sentimental. La posibilidad de un regreso de los ausentes ha de encontrar clima propicio en quien no piensa que esos ausentes están defendiendo la vida, la libertad y la dignidad de los que aquí quedan. Además, aunque hagamos la guerra —y hay que hacerla cada vez con mayor coraje—, no hemos renunciado al futuro a nuestros ideales pacifistas, y la traición puede vestirse de muchas formas para sorprender a los ingenuos y crear ambientes propicios a sus tortuosos fines.

Amamos la paz; pero la paz no es posible tenerla más que a un solo precio: la victoria. Bien claramente lo ha dicho nuestro Gobierno repetidas veces, y aun resuenan las palabras concisas de nuestro ministro de Estado, en París y Ginebra, sobre este asunto. Decididos estamos a luchar hasta vencer. Sólo eso nos importa. Lo demás nos tiene sin cuidado. No nos han de deprimir el ánimo las claudicaciones de las democracias, ni la inutilidad, en cuanto a eficacia ajena a la de la propaganda, que pueda reportarnos la Sociedad de Naciones. Es en nosotros mismos donde reside la energía y la decisión de ser libres. Y esa convicción, nada, por duro que sea, podrá hacernos variar.

No hay más compromisos que los de aplastar a Franco y arrajar de nuestro suelo a los invasores de España. Esas palabras del jefe del Gobierno las hemos rubricado todos los españoles. No hay más pactos que los que hemos establecido con la victoria. Sabemos que ha de ser nuestra, a pesar de todo, a pesar de nuestros enemigos y a pesar de los que se llaman nuestros amigos, esos amigos que nos disuaden una simpatía que rechazamos por dignidad y que desmenten con una conducta que quedó patente en la reunión de Ginebra.

Todos deseamos que la guerra termine; pero la guerra no puede terminar sin afianzar la soberanía de España. Quien desee que termine esa cosa —sea— si es que existe—, es un presunto fascista. Porque el fin de la guerra, con el triunfo de nuestro enemigo, sería el comienzo de una segunda guerra, cuya duración sería de incontables lustros. De cada piedra de España surgiría un guerrillero; de cada rincón saldría una haza justiciera para alojarse en el corazón de los invasores. España no usó para colonia. Lo sobra vida para sobrelevar los mayores infortunios y para alumbrar veinte naciones a la vida de la civilización. Está cargada de historia y es un pueblo de hombres libres. Se equivocan los que la crean presa fácil. Pero hay más. Si la guerra terminase «de cualquier manera», sería estéril la sangre vertida, la más noble y generosa de España. Y no terminaría. Convertidos en cipayos, a las órdenes de despóticas extranjeras, habría de pelear muy pronto el que lograse sobrevivir, por una causa enemiga de su propia clase, contra el pueblo francés. España sería el inicio de una guerra mundial que Francia e Inglaterra han querido localizar en nuestro suelo, pero cuyas llamaradas prenden ya en su solar, a pesar de todas sus conexiones.

Nadie que piense un ápice puede querer resolver momentáneamente una situación que habría de agravarse hasta el total exterminio de una raza en breve tiempo, ni admitir la posibilidad de ser para Italia una segunda Abisinia o de merecer para Alemania la consideración de un Camerón Tanganyika como el que suena con volver a poseer, ver entonces como la cobardía de los pueblos europeos se apresuraba a reconocer una conquista infamante.

No, españoles. La guerra terminará exactamente el día en que venzámos. No hay otro camino, si de veras se ama la paz. La República triunfante será paz, orden, trabajo, reconstrucción ante la que ya nos sentimos enervados. Nuestro pueblo ha comprendido todo esto. No hablamos para el que no siente desmayos, sino para esa zona gris, indefinida, de corto pensamiento, en la que puede encontrar el bulo clima propicio.

Apartados de quienes los propalan. Son enemigos. Tratados como tales. Y cuando alguien os pregunte: «¿Cuándo terminará la guerra?», contestadle: «Cuando venzámos, cuando recuperemos toda la tierra que nos robó la traición, en la que millares de españoles esperan con ansiedad nuestro triunfo; cuando arrojemos de España a los que se rindieron y a los que no quisieron luchar; cuando ayude o sin ella—con pan o sin pan, dijo Negri—, resistiremos hasta el momento en que nuestra resistencia se convierta en arrollador ataque que hunda para siempre la infamia de los que nos hacen objeto los Gobiernos voraces y los Gobiernos cómplices. Y ello será... cuando menos se piense.

La guerra no podemos predecir cuánto durará. Puede ser larga. Hemos de hacernos la cuenta de que será larga. Y más dura todavía que hasta hoy. Hay que cerrar el paso al desánimo. Hay que sembrar fortalezas. Fortalezas en los campos para que ante ellas se estrele el enemigo; pero aun más sólidas hay que levantarlas en nuestros pechos.

Nuestro ministro de Estado propuso la retirada de España de todos los combatientes extranjeros.—Sólo la U.R.S.S. estuvo al lado de España. Inglaterra, Francia, Polonia y Rumania, votaron en contra. Y nueve países se abstuvieron

En cuanto a la propuesta chilena, el Consejo se declaró incompetente para iniciar a la S. de N. en el camino de las reformas reclamadas por Chile; mas para evitar la eventual retirada de Chile de la S. de N., encargó al presidente Munters que llegase a un acuerdo con el representante chileno Edwards.
Respecto al llamamiento español, el presidente sugirió un proyecto de resolución por el cual el Consejo manifestaría su simpatía al pueblo español y formularía la esperanza de que la nación española pueda recobrar en breve su puesto en la comunidad internacional.

Lord Halifax aceptó en principio este proyecto a condición de que el delegado español, compañero Alvarez del Vayo, no renueve sus ataques contra la política inglesa.
El ministro de Estado español espera que tales palabras no debilitarán la adhesión del Gobierno inglés a la declaración del Consejo de 29 de mayo de 1937, expresando su emoción ante ciertos métodos de guerra. El orador insistió en precisar que el Gobierno español no acude ante el Consejo de la Sociedad de Naciones como petitorio, sino para cumplir sus obligaciones como miembro de la Sociedad, y dice que el Consejo debe decidir su propia línea de conducta. Si decide ignorar la cuestión española y sus repercusiones internacionales, el Gobierno español proseguirá la misión de conducir al pueblo español a la victoria final.

«Esta actitud —declara— tiene una responsabilidad, que recae de manera particular sobre los Estados que tomaron hace dos años la iniciativa de la política de No Intervención y continúan siendo hoy sus más ardientes defensores. Por esto me permito plantear a los honorables representantes del Reino Unido y de Francia la cuestión siguiente: Dado que Alemania e Italia, con su actitud anglosajona, continúan su agresión contra la República española, y que el Reino Unido ni Francia se han juzgado en condiciones de detenerla, ¿sobre qué principios de moral o de justicia pueden apoyar estos dos Gobiernos para mantener, con respecto a la República española, una prohibición netamente contraria a la ley internacional?»

El ministro de Estado español continúa diciendo: «A falta de una respuesta satisfactoria a esta pregunta, nadie podrá extrañarse si el pueblo español ve en la actitud de estas dos potencias algo monstruoso, sin otra explicación que el deseo, bien determinado, de yugular en la lucha por su independencia, entregándola atado en manos de los invasores.»

El compañero Alvarez del Vayo termina su exposición proponiendo al Consejo que apruebe una resolución, recordando que la sexta Comisión de la XVIII reunión del Consejo aprobó una moción en la que se decía especialmente que «la Asamblea desea que ciertas iniciativas diplomáticas recientes conegran a la República española, y que el Comité de los combatientes y completa de los combatientes no españoles que toman parte en la lucha de España. Si este resultado no pudiera ser conseguido en breve plazo, los miembros de la Sociedad estudiarán una política de No Intervención».

El orador estima que la hipótesis aludida en este proyecto se ha realizado, ya que las iniciativas diplomáticas ni ninguna otra iniciativa ulterior han acarreado la salida del territorio español de un solo combatiente no español.

El delegado de España invita a los Estados miembros de la Sociedad que votaron en favor de aquel proyecto de resolución, en vista de la situación de España, a que se reúnan a la Asamblea por la Comisión suprema el 2 de octubre de 1937, que estudien ahora la

conveniencia de poner fin a la política de No Intervención.

INTERVENCIONES DE HALIFAX Y BONNET

El discurso del ministro de Estado y delegado de España, compañero Alvarez del Vayo, provoca las intervenciones del representante de la Gran Bretaña y del de Francia.

Lord Halifax declara que ha escuchado con atención, pero no sin sorpresa, la intervención del representante español. Según el delegado inglés, la cuestión planteada por aquel indica que la intervención extranjera en España ha sido unilateral.

Añade que el Gobierno inglés ha dirigido y continúa dirigiendo todos sus esfuerzos hacia la retirada de todos los combatientes extranjeros de España.

El ministro francés de Negocios Extranjeros, Bonnet, interviene seguidamente y expresa una vez más la simpatía que Francia siente por la democracia española.

«Mi Gobierno —añade— ha aplicado desde hace cerca de dos años, por razones ya expuestas, la política de No Intervención. El señor Alvarez del Vayo sabe con qué espíritu ha aplicado esta política, que corresponde al deseo de ver solucionado el destino de España por el pueblo español mismo.»

El delegado francés declara que no puede por menos de afirmar la fidelidad de su Gobierno a dicha política.

LA ADHESION DE LITVINOV
Se levanta a hablar a continuación el comisario de Negocios Extranjeros y delegado soviético, camarada Litvinov.

Declara que el Gobierno de la U. R. S. S. aprueba el proyecto de resolución presentado por el delegado español.

RECTIFICA ALVAREZ DEL VAYO
El señor Alvarez del Vayo habla de nuevo para contestar al delegado inglés.

Declara que hay 6.000 voluntarios en el Ejército republicano y más de 100.000 italianos y técnicos alemanes del lado de los rebeldes. En cuanto al número de voluntarios de las Brigadas Internacionales, el ministro español declara categóricamente que acepta una información sobre este punto.

Y TERMINA LA MONSTRUOSA FARSA...
El presidente del Consejo, Munters, resume los debates, y recordando las diferentes opiniones emitidas sobre la manera como ha sido aplicada la política de No Intervención, declara: «Lamento el final que se ha dado a este debate, ya que el Gobierno español, miembro del siempre de la Sociedad de Naciones, se preocupa, aun en medio de la gran lucha que sostiene, de ver asegurar el prestigio y la autoridad del Consejo.»

Los representantes del Ecuador, China y Nueva Zelanda, explicaron su abstención lamentando no haber tenido tiempo de examinar suficientemente el proyecto de resolución propuesto y la necesidad de consultar a sus Gobiernos.

El presidente les contestó haciendo observar que el procedimiento del voto propuesto por él no había suscitado ninguna observación por parte de sus compañeros. Acto seguido, se levantó la sesión.—Fabra.

Próximo Consejo de la F. I. S. SOLIDARIDAD CON ESPAÑA Y CHINA

Londres.—Sir Walter Citrine presidirá la semana próxima en Ginebra una reunión del Consejo general de la Federación Internacional Sindical.

En el orden del día figuran la cuestión del ingreso de los Sindicatos obreros de la U. R. S. S. El tema principal de los debates es la cuestión de la solidaridad en favor de España y de China.—Fabra.

Carta abierta a Oscar Blum

Echemos un vistazo al panorama teatral

¿Podrías decirme tú, mi querido amigo, qué razones existen para que nos encontremos, a toda hora, presos de una inquietud azarosa sobre este tema que hoy se nos plantea mi actualizada periodística, como más poderoso asunto de qué tratar? Puesto a meditar sobre ello, yo me he dicho si no serán ganas de molestar a los demás, en cuyo menester parece que los hombres encontramos un placer no gustado. Yo he pensado esto, pero ha sido pensando por los demás, con el punto de vista de los demás, con la intención —no siempre la buena intención— de los demás; y las que prometo que haré, no seguiré si razones más poderosas que mi voluntad, y asombra, no se oponen— opino que nos hemos propuesto —por mi parte, pero pluralista porque te supongo conmigo identificado— turbar la serena digestión de quien, habiéndose arrojado al arte, del arte se olvida para valorar una obra por el dinero que en taquilla deja y para valorar una obra por su calidad— artística. Así pensará alguien. Porque sé que a ti te gusta —y está contigo más comparo— otra muy distinta intención, no hago caso del mal pensar y acompaño mi sonrisa a la tuya para dejar que, por contraste, se eleven más nuestros propósitos. Que son, y hora es ya que comencemos, los de volver —re-volver, porque ya va por vez tercera y porque algo re-volveremos— a nuestra tesonera idea de dignificar, cuando menos, lo que hemos dado en llamar nuestro teatro actual.

Hace no muchos días, con motivo del estreno de una obra antifascista que en nuestro primer coliseo se representa, hubimos de comprobar, ¡otra vez! que en este intento estábamos, tú y yo, ni más ni menos que las palmeras de un oasis: en pleno desierto, queriendo decir, Quien en contadas ocasiones ha echado su cuarto a espadas, se ha olvidado de su papel —que debiera ser el principal este de aprovechar la coyuntura que se presenta para orientar a la opinión— en ocasión como la presente, y ha hecho —y quizá que ello haya sido lo mejor— oídos de merceder a la atención que el momento reclamaba.

Yo no quiero —ni éste es el propósito, ni es la ocasión, ni espacio para ello tengo— volver sobre lo que el paraíso fascista significa. Si habrá de decir, no obstante, que es algo más que algunos, con ligereza indudable, han creído al juzgarla. La obra —tú lo dijiste, y de lo que dije yo no me acuerdo— tiene —y a sería bastante si otra cualidad no tuviera— el valor de elegancia a la masa, que va, en tanto que su representación transcurre, sintiendo de indignación por lo que allí sucede. El teatro de literatura, que es lo que pretendía ser el que en los últimos años me ha estado burguesía, no sirve. No me sirve a mí, desde luego, y cuando hablo lo hago después de haber meditado seriamente sobre lo que a la ideología que representa el periódico en que escribo conviene. Por lo que resulta que a un gran sector del proletariado —aquel que está en una de las corrientes del marxismo— no le hace beneficio ninguno.

Quería yo decirte, aprovechando esta ocasión, que la campaña que por dos veces hemos emprendido, «dejándolo por cansancio o porque tiranía de espacio no lo imponía, es ahora cuando halla ocasión propicia para ser renovada. Porque ocurre... Ocurren cosas que yo he de contarte luego. Ahora quiero que sepas como por parte de quienes más interesados debieran estar se nota fidelidad. Te dejo pensar en quién. Y te prevengo que no echas directamente hacia lo que los mal pensados han dado en llamar la «gracia de taquilla», porque no es por ahí. La obra, esta obra que se hace en el Principito, ha dado —y está dando— dinero. Claro que no el dinero que debiera dar una obra como «El paraíso fascista». Y no me refiero a la cantidad. Que eso, a ti y a mí, puede tenernos —y nos tiene— sin cuidado. Es el dinero de procedencia proletaria al que me refiero. El dinero que de los obreros viene. Porque una obra hecha para el pueblo el pueblo debería verla. Y no le es posible. Yo sé que circunstancias especiales —especialismos— obligan a ello. Yo no escribiría lo que a continuación va si en ello alguna vez hubiera ver la más ligera cosa. Pero es lo cierto que con la terminación de los espectáculos a las nueve de la noche —puede decirse que casi a la hora en que los obreros dejan su trabajo— a estos les es imposible verla. ¿Qué podría hacerse? Yo no veo —y también sobre esto he pensado— la solución. Que tú clara inteligencia venga en mi auxilio.

Porque nos interesa —permítame que te sea franco— mantener este espíritu que se ha despertado. Si la temporada que en el Principito se hace, con compañía de comedias antifascistas, se termina, será —podríamos entenderlo— que se cierran, para no sabemos cuánto tiempo, las puertas a otro teatro que el que ya hemos protestado más de una vez. Y por esto, que nos interesa a nosotros —no a ti y a mí exclusivamente, sino a todos los hombres de sano espíritu—, es por lo que te pido que vengas en ayuda mía. Y arrastres, de paso, cuantas voluntades puedas ganar.

Pero, a todo esto, no te he dicho lo que se prepara para el Principito si lo que hay termina. Vas a asombrarte. Yo sé que si. Ignoro qué espíritus malfáticos han venido a soplar al oído que tendríamos otra vez ocasión de admirar alfabardas. La mujer adúltera, «Lázaro el mudo», «Rafael», y otras joyas de nuestra exquisita literatura teatral. Se nos viene, si lo permitimos, una avalancha encima. Pero puede que todo sea dispuesto para que ganemos una aureola de heroísmo, y hayamos de causar la admiración sincera de quienes, pasados unos años, venidos del extranjero y en encuesta de guerra, al preguntarnos si fueron los horrores que pasamos muy grandes tengamos que dárles una idea aproximada de su exactitud diciéndoles que sportimos, con reincidencia, temporadas teatrales a base de «Mancha que limpia» y «La dama de las camelias», hechas para reír, y «Las sorpresas del divorcio», interpretada para llorar.

Ya sé que tú estás pensando que todo esto son puros infundios. En un ser equilibrado no pueden entrar, sin gran trastorno, estas ideas fácilmente. Pero como da la circunstancia de que en nuestro haber tenemos mayores incongruencias, he aquí que te aconsejo, y te quiero bien, que no parezcas, por demasiada modestia, precipitarte a juzgarlo. De mayores cosas son capaces los hombres.

Y hago punto. Pero no punto final. Abro sólo el paréntesis obligado para aguardar tu respuesta.—K' RRASCO.

SESION DE LA TARDE
HABLA DE NUEVO EL MINISTRO DE ESTADO ESPAÑOL, ALVAREZ DEL VAYO
Ginebra.—El Consejo de la Sociedad de Naciones se reunió en sesión pública a las cinco menos

EL PROBLEMA DE LOS REFUGIADOS
Ginebra.—El Comité de los Tres (Inglaterra, Francia y Bolivia), que se ocupa del problema de los refugiados, ha decidido unificar toda la organización de ayuda bajo la dirección del alto comisario designado por el Consejo.

El alto comisario estará en adelante con un nuevo colaborador, de nacionalidad austriaca.

ENTREVISTAS
Ginebra.—El ministro francés de Negocios Extranjeros, Bonnet, recibió a primera hora de la mañana de ayer, al representante de Yugoslavia, Segal.

Segal visitó a Litvinov, con el que examinó los problemas de política general que interesan a Francia y a la U. R. S. S.

MANIFESTACION DE SIMPATIA AL NEGUS
Ginebra.—El emperador Haile Selassie salió ayer por la mañana de regreso a Londres, vía París. La Policía había organizado un fuerte servicio de orden.

A la estación acudió numeroso público, que tributó al Negus una manifestación de simpatía.

SESION PRIVADA DE LA MAÑANA
LAS RESOLUCIONES DEL CONSEJO
Ginebra.—El Consejo celebró ayer por la mañana una sesión privada para examinar las cuestiones que quedan en el orden del día: llamamiento del Gobierno español, llamamiento del Gobierno chino, neutralidad suiza y reforma del Pacto según las proposiciones chilenas.

El Consejo decidió celebrar, a las cuatro de la tarde, una sesión pública para examinar el llamamiento del Gobierno español y el del Gobierno chino.

Alvarez del Vayo supo tener, frente a la cobardía internacional, el gesto digno y la palabra enérgica que reafirmó la justicia de nuestra causa.

cuarto de la tarde, para continuar el examen del problema español.

El ministro de Estado y delegado de España, señor Alvarez del Vayo, hace uso de la palabra.

La Policía había organizado una fuerte guardia de orden.

Afirmó que si la rebelión de un principio se desarrolló hasta tomar la apariencia de una guerra civil, fué a consecuencia de un proceso natural, como ha dicho el representante de la Gran Bretaña, pero, porque Alemania e Italia pusieron el peso de su fuerza militar del lado de los rebeldes.

Segundo su discurso, protestando contra la expresión «guerra civil» que ha sido empleada ante el Consejo para definir los acontecimientos de España.

Afirmó que si la rebelión de un principio se desarrolló hasta tomar la apariencia de una guerra civil, fué a consecuencia de un proceso natural, como ha dicho el representante de la Gran Bretaña, pero, porque Alemania e Italia pusieron el peso de su fuerza militar del lado de los rebeldes.

En los demás ejércitos, sin noticias de hoy, dos escuadras de trimotores «Junkers», procedentes del mar, intentaron bombardear Barcelona, impidiéndolo el certero fuego de nuestras baterías, que obligaron a los aparatos enemigos a lanzar sus bombas en el mar y zona extrema del puerto, sin ocasionar daños ni víctimas.



Alvarez del Vayo supo tener, frente a la cobardía internacional, el gesto digno y la palabra enérgica que reafirmó la justicia de nuestra causa.

El ministro de Estado y delegado de España, señor Alvarez del Vayo, hace uso de la palabra.

Afirmó que si la rebelión de un principio se desarrolló hasta tomar la apariencia de una guerra civil, fué a consecuencia de un proceso natural, como ha dicho el representante de la Gran Bretaña, pero, porque Alemania e Italia pusieron el peso de su fuerza militar del lado de los rebeldes.

Segundo su discurso, protestando contra la expresión «guerra civil» que ha sido empleada ante el Consejo para definir los acontecimientos de España.

Afirmó que si la rebelión de un principio se desarrolló hasta tomar la apariencia de una guerra civil, fué a consecuencia de un proceso natural, como ha dicho el representante de la Gran Bretaña, pero, porque Alemania e Italia pusieron el peso de su fuerza militar del lado de los rebeldes.

En los demás ejércitos, sin noticias de hoy, dos escuadras de trimotores «Junkers», procedentes del mar, intentaron bombardear Barcelona, impidiéndolo el certero fuego de nuestras baterías, que obligaron a los aparatos enemigos a lanzar sus bombas en el mar y zona extrema del puerto, sin ocasionar daños ni víctimas.

El ministro de Estado y delegado de España, señor Alvarez del Vayo, hace uso de la palabra.

Afirmó que si la rebelión de un principio se desarrolló hasta tomar la apariencia de una guerra civil, fué a consecuencia de un proceso natural, como ha dicho el representante de la Gran Bretaña, pero, porque Alemania e Italia pusieron el peso de su fuerza militar del lado de los rebeldes.

